

SADE Y UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA

SEMINARIO DE POETOLOGÍA

AÑO 2023

TRABAJO FINAL SOLICITADO POR LA DIRECTORA

BERTHA BILBAO RICHTER

PARA EL SEMINARIO DE POETOLOGÍA

ANDREA FERNÁNDEZ HINOJOSA

“MARÍA PAULA MONES RUIZ, ESTÉTICA DE UNA MUJER HIJA DE SU
TIEMPO”

2 DE DICIEMBRE DE 2023

*“Lo importante no eres tú;
lo importante no soy yo:
lo importante es lo que sucede
entre tú y yo”.*

Martin Buber.

María Paula Mones Ruiz es tanto en el significante como en el significado de su obra una genuina representante de la estética de su época.

Los griegos llamaban (*aithetós*) “sensible”, a todo aquello que puede ser percibido por medio de los sentidos. Una palabra derivada de (*aísthesis*) “percepción sensorial” y esta del verbo (*aisthanesthai*) “percibir de los sentidos”.

Este vocablo fue luego asociado con la ciencia de lo bello y lo sublime a partir de 1750, primero Burke y luego Kant quien considera el juicio como intermediario entre el entendimiento y la razón. Es el análisis estético lo que nos permitiría trascender nuestro conocimiento de los objetos y entregarnos al asombro que la percepción nos produzca.

“La poesía está primordialmente sostenida por la emoción, emoción que se produce por la irrupción de una imagen que busca asiento en las palabras, palabras que son portadoras, antes que, de un significado, de una temperatura especial”¹

La escritora convierte en imágenes bellas y sublimes lo cotidiano del mundo contemporáneo para una mujer que ve más allá de las miopías éticas y morales que la rodean.

En un claro ejemplo de posmodernismo muchos de sus libros son híbridos en los que la poesía, la nouvelle y los cuentos dialogan de un modo bajtiniano para desarrollar el hilo que los une a fin de relatar un recorte de la vida particular y colectiva. Los textos de Mones Ruiz intercalan el tono intimista con el testimonial en un lenguaje sin artificios, pero no por eso menos poético.

Este don de convertir en poesía y de encontrar lo bello y lo sublime, aún en aquellas experiencias que la han impactado de forma triste, trágica o por la indignación ante la sociedad injusta que mira, pero no ve, es propio de los grandes poetas, que como decía Jorge Luis Borges,

“Es decir, me han sucedido muchas cosas, como a todos los hombres. He encontrado placer en muchas cosas: nadar, escribir, contemplar un amanecer o un atardecer, estar enamorado. Pero el hecho central de mi vida ha sido la existencia de las palabras y la posibilidad de entretejer y transformar esas palabras en poesía”.

Es la misma María Paula quien desde su autobiografía en su página web recalca: “Siento que vida y poesía van de la mano. Partimos siempre de un hecho real en el acto creador. Pero es la aparición de ese latido distinto, esa imagen interna, la que hace que nos detengamos en ese instante efímero de la poetización”.

Como toda escritora posmoderna es esencialmente dialógica. Sus escritos hablan entre sí en una “conversación infinita”, citando a Rafael Oteríño. Hay un hilo conductor que forma un universo particular creado por el hablante lírico y esta otra realidad creada a través del lenguaje dialoga con el lector quien completa el ciclo al que llamamos poesía.

Gottfried Benn habla de una voz interna que nadie oye, que no se sabe de dónde viene ni lo que quiere decir, pero que encamina toda la obra del poeta.

María Paula Mones Ruiz basa su producción literaria en su propia emoción y las imágenes que irrumpen como pre-texto de su poesía son aquellas con las que las mujeres nos identificamos por compartir una época, un lugar en la sociedad y en la historia, que no son ajenas a la creación poética de este presente que nos atraviesa. Oteríño bien afirma “Si no hubiera historia—hecha de cambio devenir, temporalidad, azar, memoria—no habría poesía, sino oración. O silencio o éxtasis. De donde la poesía antes que víctima de la contemporaneidad, es su aliada: la que le presta su savia, la que le señala un rumbo y le asegura continuidad.”¹ Como hija de su tiempo su mirada traspasa lo cotidiano y observa la realidad de otro prójimo/próximo como signo de injusticia y herida a su sensibilidad atenta.

En una demostración de lo manifestado por Vicente Huidobro la escritora habla de lo que es parte de su mundo.” Es evidente que nada de aquello a que estamos acostumbrados nos emociona. Un poema debe ser algo inhabitual, pero hecho a base de cosas que manejamos constantemente, de cosas que están cerca de nuestro pecho, pues si el poema inhabitual también se halla construido a base de elementos inhabituales, nos asombrará más que emocionarnos. Lo que asombra no transporta, no eleva el espíritu hasta las alturas del vértigo consciente.”²

La obra poética de Mones Ruiz emociona, pero desde una creación que se completa a través del lector, quien se encuentra con que “los poemas dicen lo que dicen, pero, al mismo tiempo, dicen otra cosa.”¹

La poesía cumple la finalidad ética de restablecer la noción de persona, tan descuidada por la cultura de masas como por la ciencia¹

Y de este modo, cuando los caminos de la razón se cierran, ahí está ella, en la inagotable experiencia del mundo—última voz, red de sentido y reserva de subjetividad—tendiendo puentes, atravesando fronteras.³

Podríamos preguntarnos por qué la cultura de las masas ha perdido de vista la noción de persona, lo humano. Ese darnos cuenta de que podemos compartir un mundo que va más allá de los hechos. Profundamente ligado a lo inefable, pero, al leer un poema identificamos como lectores en las palabras escogidas una emoción que habita en nuestro interior. ¿Sería utópico pensar que, si la poesía fuera parte de las lecturas de más personas, la humanidad tendría menos violencia, al entender que, en esencia, la emoción es la que gobierna nuestro espíritu? Porque la emoción convive con nosotros, pero en la mayoría de los casos la ira orienta el intercambio con el otro.

Porque —digámoslo de entrada— cada época suena de una manera distinta. Tiene su propia música, nacida de la atmósfera particular de sus espacios públicos y privados y de todo ese universo auditivo del que no podemos, ni aun queriéndolo, sustraernos¹

El poeta es hijo de su tiempo y el poema refleja ese tiempo en sus contenidos y forma, más allá de que, en el juego de cortejarlo, el poeta tienda a evadirse de él y a consagrar una voz deliberadamente prosaica.¹

Vivimos en una sociedad contemporánea a la de Mones Ruiz quien nos transmite a través de su poesía emociones que tienen que ver con el amor y la solidaridad con el que comparte nuestro tiempo. Hay en sus palabras un rescate de la dulzura, emoción que nos remite a la infancia y que queda profundamente vedada a nuestra conciencia por el exceso de adultez con el que enfrentamos nuestra existencia.

La dulzura llega con la posibilidad de la vida, con el envoltorio uterino que filtra emociones, sonidos y pensamientos, con el líquido amniótico, con el tocar a la inversa de la piel, con los ojos cerrados que todavía no ven, con la respiración aún protegida de las agresiones del aire. Sin la dulzura de ese tocar original no estaríamos en el mundo. Sin duda,

duerme en cada una de nuestras células, invitándonos al retorno imposible a ese mundo perdido que fue, mucho antes de los brazos maternos, una mecedura.⁴

Pero vivimos en un mundo vertiginoso que le quita valor a la poesía porque todo se mide desde la eficiencia y la utilidad. Dice Osvaldo Rossi, que en una época en la que el tiempo parece más escaso que nunca, la poesía que exige un compromiso de sosiego y de profundidad, está lejos de permitir una lectura superficial y “a vuelo de pájaro” como la que permiten algunas novelas convertidas en *best-sellers*. Lo que parece suceder es que la mayoría de los lectores prefiere leer quinientas páginas a un ritmo vertiginoso, sin detenerse un minuto a reflexionar, antes que leer cincuenta páginas que requieren concentración y que tal vez le tomarían el mismo tiempo que las quinientas antes comentadas.⁵ Es un desafío de nuestro tiempo lograr las condiciones que permitan a través de recursos que seduzcan al gran público que la poesía tenga la atención del mismo y los convierta en lectores curiosos de lo que las nuevas voces tienen para decir. Porque como escribió Paul Valéry, “La función de un poeta no consiste en experimentar el estado poético: esto es un asunto privado. Su función consiste en crearlo en los otros”.³

“El poeta es el puente que va del universo al hombre. Hay que saber mirar el mundo y, sobre todo, mirarse en el mundo”. Vicente Huidobro

La poesía ya no se ajusta a los rígidos cánones de otros tiempos. Es difícil ubicar en alguna corriente en particular la obra de esta escritora. Sus textos encajan a la perfección en lo que Rafael Oterriño define como “Música del pensamiento, del gusto, de la ideación, más cerca de un tono que de una técnica, surgida de la experiencia de *oír* los versos en la mente antes que en el oído.”³

Podríamos decir que su escritura es vanguardista en tanto rompe con las convenciones literarias. Suprime la rima y la métrica regular, puede eliminar los signos de puntuación y mayúsculas. Adapta la forma al tema del poema, e introduce objetos cotidianos como elementos poéticos.

Según Laura Freixas, en su libro *Literatura y mujeres*, es posible hablar de una literatura femenina si se tienen en cuenta ciertas características que son explicables por las condiciones en que se produce. Estos elementos distintivos están dados por un punto de vista autorreflexivo, intimista, analítico sobre la identidad propia y la de los demás. Los temas que

se tratan están emparentados con la vida cotidiana: lo doméstico, la relación con los demás, la maternidad, el amor.

Se habla de lo femenino, pero no de lo masculino porque lo masculino se confunde con lo universal o neutro (nadie opone literatura femenina a literatura masculina, sino a literatura sin adjetivos) y porque los hombres son individuos. En cambio, las mujeres encarnan lo particular por oposición a lo universal, y no son vistas solo como individuos, sino también como manifestaciones de una identidad única determinada por su naturaleza.

En su obra “La Clave”, encuadrada en la hibridación posmoderna y en la literatura del yo, es la misma autora la que se pregunta cuál es el género de la misma.

“Luego, reflexionaba acerca del género del texto logrado. Y por lo que sé, esto le ha pasado a muchos escritores (sobre todo en tiempos en los que las reglas para la narrativa se ajustaban a leyes muy estrictas). Me preguntaba si eran cuentos que como tales podían leerse de un tirón. Fui consciente de haberme creado y recreado en un relato o una poesía, en la temporalidad y atemporalidad de un cigarrillo encendido, que fue el disparador de tantos recuerdos y anécdotas de vida. También pensaba que, debido a la presencia de abundantes diálogos y monólogos, el texto tenía una gran tendencia a lo teatral o, que era una nouvelle o finalmente una “*nivola*”, término inventado por Unamuno, quien sostenía que uno puede tener un plan de trabajo para su texto, pero que luego mandan en él los personajes, como le ocurrió en su *Niebla* o a Cervantes con su *Quijote*.”

Según su hibridación, su falta de trama lineal, el dialogismo de los textos que lo forman, sucesivos quiebres de tiempo y espacio, se trataría de un exponente claro del posmodernismo como ya hemos expresado respecto a la obra de la autora en líneas generales.

Comienza como una especie de autobiografía en primera persona donde la narradora viaja por sus recuerdos desde el humo del cigarrillo, en la lograda imagen de un viaje etéreo por lo intangible.

Ester de Izaguirre, en su artículo acerca de los Diarios y memorias de Enrique Anderson Imbert, destaca que “Se escriben memorias para retener lo vivido, pero podríamos agregar que, a la intención de apropiarnos de los recuerdos se añade la de compartir esos recuerdos con los demás”.

En el caso de Mones Ruiz, al igual que con Anderson Imbert, “Sus memorias son novela, cuento y ensayo”. Y en el caso que nos ocupa podríamos agregar la poesía.⁶

“Quiso que su vida fuera leída como una historia y que su ficción fuera sentida como la vida”.⁶

Hay un universo propio en María Paula Mones Ruiz, pero ese mundo está estrechamente ligado a diferentes “tú” que son indispensables en su viaje al propio conocimiento. Constantes referencias a seres queridos y amigos que sirvieron de referencia a ese “yo primordial” para transformarse en persona.

Martín Buber describe así el proceso,

“El amor es un sentimiento que se adhiere al Yo de manera que el Tú sea su "contenido" u objeto; el amor está entre el Yo y el Tú

La relación es mutua. Mi Tú me afecta como Yo lo afecto a él.

Las impresiones y las emociones elementales que despertaron el espíritu del "hombre natural" provienen de fenómenos —experiencia de un ser que lo confronta— y de situaciones —vida con un ser que lo confronta— de carácter relacional.”

El hombre se torna un Yo a través del Tú. Aquello que lo confronta y desaparece, los fenómenos de la relación se condensan o se disipan”.

Podríamos resumir de que somos en función de otro, y esta característica está en toda la obra de la autora y en esta en particular.

“Sé que tienen puestos mis abrazos, mis felicidades; mis tormentas, mis miedos, sus miedos, mis relámpagos; mis vuelos, mi suelo. Y sé también que se llevarán puesta una parte de mi vida y me dejarán puesta una parte de su vida que completará la mía, y la mía completará y elevará la de mis hijos. Porque... en vida ganamos vida, vida que vuelve”.

En la segunda parte del libro les cede a sus hijos la voz del narrador en un símbolo destacado de ese intercambio en “la vida vuelve”.

Uno de los tópicos más transitados por la escritora es el de la maternidad. Desde Gea pasando por María y tantas madres arquetípicas de la historia de la humanidad, hay una sensibilidad particular que permite el amor incondicional hacia los hijos y la proyección de éste a todos los niños sufrientes que interpelan el amor maternal. El sentimiento que lleva a las mujeres a maternar en diferentes formas no viene del proceso biológico de parir un hijo, sino de una sabiduría atávica que inclina a nutrir física y espiritualmente a los débiles que el destino pone en su camino.

María Paula Mones Ruiz dedica sus textos poéticos no sólo a sus propios hijos, sino también a los que la realidad de la época pone ante su mirada atenta, y al mismo tiempo hace de su proceso de escritura una gestación que tras el parto deja la poesía como fruto generoso de su pensamiento sensible.

HIJO

“Hace tanto tiempo que sueño con imaginarte
hijo... hijo que alguna vez,
serás mi sangre.

Al calcular tu tamaño entre mis manos, sabes,
¡se ha entibiado el aire!
y acercándote con ellas a mi pecho, mi corazón
palpitó como besándote.

He soñado con tus ojos
que ya me miran desde lo infinito de tu alma
y aunque no sé el color, cuando me miran,
los míos ven todo con aureola blanca.

He soñado con tu pelo
que peinaré con peine de mi aliento.
Si eres niña, te pondré un moño hecho de besos
y si niño, un rizo con forma de velero.

Niño mío... ¡he soñado con tus pasos,
¡hasta mis brazos se extendieron! dije: ¡vamos!
Y cuando te aproximaste a mí, yo vi la vida,
¡mi vida caminando!

He compuesto para cuando vengas un arrullo
que tendrá la melodía de mi sangre
porque te cantaré diciendo solamente,
“descansa, amor, descansa... soy tu madre”.

¡El solo pensar que alguna vez mi carne
podré tocar y ver cómo una ronda de niños me toca... sin tocarme!

¡El solo llamarte hijo...tan amado!

¡Dios mío, sin serlo, ya soy madre!

¡Oh... hijo, con tus sueños, he soñado!”

Este poema escrito por una María Paula adolescente nos trae el paisaje que habita toda su

obra. Hay un yo lírico que construye desde la emoción del anhelo esa otra cosa en que se convierte la maternidad con la lectura. El lector puede reconocer las emociones que fueron la génesis del texto como propias y transformar su lectura en hecho poético.

El lenguaje utilizado es esencialmente lírico y a la vez despojado de adornos y artificios. A pesar del tiempo transcurrido podemos encontrar “el tono” de la poesía de Mones Ruiz, propio y perdurable. Hay entre líneas una angustia que ensombrece el deseo de lo que cree casi imposible y a la vez una fe ineludible en la voluntad de cumplir un sueño.

La “M” de mamá

LA “m” DE MAMÁ La “m” de mamá se halla
en la primera sílaba de la palabra hambre.

Y suena, como comer y pedir pan.

El niño aprende a decir madre
y madre, equivale a comida.

Pero esa mamá tiene dos hambres:
el hambre de su niño más su hambre.

El niño ha nacido de un vientre con hambre
y el niño y la madre
deletrean juntos la primera sílaba
y sienten cosquillas que no causan risa.

Sienten cosquillas en la panza y se imaginan
un ejército de desocupadas hormigas
en su micromundo de laberínticas costillas,
sin cargas de miguitas, sin salida.

La “m” de mamá se halla
en la m de mendigo, en la m de miseria
y en la m de... ¡mío!

Enseñamos a nuestros niños
que el cordero dice: ¡meeeeé!

¡Enseñémosles también,
que el hambre del niño mendigo
es un balido parecido al del cordero
y que se escucha tan sólo
mirándolo a los ojos
o poniendo la oreja encima de su panza,

debajo de su siesta, silenciosa de porqués,
sin arorró, sin sonajeros!
La” m” de mamá que equivale a comida,
debiera estar encima de mi ombligo, de tu ombligo y compartir
pan y trabajo gritando al unísono:
¡Ya basta de hambre, ya basta de balidos!
¡Ya basta de cosquillas sin risa!
¡Ya basta... de corderos niños!

En este poema la mirada de la escritora es testimonial de otras maternidades que impactan en su sensibilidad que no se puede mantener ajena a la realidad del otro, que vive la misma experiencia vital pero atravesada por un condicionamiento social que la convierte en tragedia.

“Vamos a precisar que la vida, con su carga de emoción y premura, de expectativas y desasosiego, de perplejidad y esperanza, no es la poesía: es el material de la poesía”.¹

“Luego de pasar por la etapa de interrogación de dicho material, se llega a algo que no existe si no es por la capacidad de evocación de las palabras”.¹

María Paula Mones Ruiz se vale de figuras que potencian las palabras escogidas. El modo de contar la imagen que provocó la emoción generadora del acto creativo en forma de *catarsis*” al conjugar música y mensaje.

“Para alcanzar esta otra realidad (que no es abstracta, sino tangible y concreta), la poesía opera el lenguaje de conformidad a un uso simbólico, sometiendo el léxico a pruebas extremas, giros audaces, metáforas, retruécanos y sinonimias”.³

El recurso de la polisemia utilizado al contraponer dos palabras etimológicamente opuestas, la nutrición del pecho o *mamma* y la carencia de alimento con la que sólo debería compartir una letra, refleja la sensación de injusticia de una forma contundente y a la vez poética.

“Si bien hay excelentes obras de poesía social/política, debe tenerse en cuenta que, si hay algo perdurable allí, es la poesía y no la denuncia”.⁵

La poesía social de la autora no es un mero panfleto de denuncia sino una obra artística trabajada por una artesana de la palabra que tiene pleno valor en su significante independientemente de su significado.

Neopoema

Puja, puja el neopoema.

Pronto nacerá.

De nube, sus pies se asoman
al vientre del sentir.
Puja verso a verso
rítmicos ayes y ya nace
ya su cuna de papel está aquí.
Ahora
Sólo espero que me cante
él...
a mí.

Aquí trata el tema de la maternidad literaria al establecer un paralelismo simbólico entre el parto y la creación literaria. Hay una composición gráfica en la disposición de las palabras sobre el papel en la métrica de los versos va disminuyendo como el canal de parto durante el nacimiento de ese “tú” (en este caso el poema) trascendental en su evolución personal, que la interpela.

Otro de los tópicos semánticos recurrentes en la autora es el de la pérdida y el duelo.

Cinco Servilletas

Sobre la mesa del domingo
cinco servilletas blancas
platos humeantes tiempo detenido
cuando la mesa abría los brazos
con la protesta consabida
por la demora en presentarse.
“Me caigo y me levanto”—decía—
nuestro padre.
Y nosotros
tan hermanos.
Y la mesa
tan madre.

Es clave la utilización de la mesa como símbolo en este poema como encarnación de la familia completa a través de un rito cotidiano que puede acercar al lector a su propia vivencia tan igual y tan distinta de la del yo lírico. Se puede ver al padre encarnando “la ley” y la madre en su función nutricia física y espiritualmente

“La realidad del símbolo se basa en la idea de que la última realidad de un objeto reside en su ritmo ideal — del que es encarnación — y no en su aspecto material o en su función instrumental.”⁷

Pucheros

Ella sabía que era grande para hacer pucheros
pero lo olvidaba, lo olvidaba
y era niña que salía
desde el vapor del espejo
y la orfandad
olía a sopa
y en cada puchero, la sopa
cada vez más fría
tan poca
tan lágrima.

En esta poesía es notable la disposición de las palabras en la hoja, con su simple contemplación advertimos que la primera queja infantil de esa niña que pugna por salir y enojarse con la realidad de la pérdida se contraponen a la economía de palabras del final donde la orfandad es aceptada como una realidad irrevocable.

Acomodar el placard

Es hora de acomodar el placard.
Color por color, en degradé, como la vida.
Alternar ausencias con presentes abrazos.
Reservar un estante
para doblar prolijamente los tiempos y sus verbos
para que sea más fácil encontrar lo necesario
en caso de un viaje repentino.
Nunca se sabe...los cambios de estación
descarrilan el tren de las certezas.
Por lo tanto, tener bien a mano
una bufanda larga de buenos momentos.
Y un camisón fresco
para las quemaduras lunares del insomnio.

Olvidaba
la reserva de otro estante despejado
para la *poesía*
que me ordena.

Asumir la propia finitud. Establecer la prioridad del presente por sobre la melancolía de un pasado que habita sólo en el recuerdo. Analogía del placard con el mundo interior de la poeta consciente de lo efímero de su propia existencia y de la necesidad de prepararse para una nueva etapa en la que hará uso del mundo poético que a través de las palabras le permite vislumbrar lo indescifrable de esta emoción y ordenarse en lenguaje y sentido.

“La idea de orden es una de las esenciales en simbolismo y se expresa por la organización del espacio, las formas geométricas, los números y la distribución de los seres simbólicos vivientes en los lugares establecidos por la ley de las correspondencias. Otra idea esencial en la doctrina simbolista es la de ciclo”⁷

Podemos concluir que en María Paula Mones Ruiz encarna una estética propia que su arte universaliza al conmover al lector con su tono intimista, dulce, cotidiano pero que presta su voz comprometida a las causas sociales que impactan en su mirada aguda de la realidad.

Es un ejemplo de que la dulzura no es debilidad, sino un modo de estar en el mundo, al quedar demostrado el carácter tenaz que, con la misma mansedumbre que el agua orada la piedra, ha conseguido moldear su vida y su obra hasta alcanzar los objetivos que se ha propuesto. No hay adversidad que haya podido doblegar sus deseos, ni su escritura, esa “otra forma de danzar” con sus ritmos poéticos que se convirtió en la clave que daría arte a su existencia.

Coherente con su forma de expresión, siempre sostenida por la música de las palabras, describió su “Arte poética” con un poema.

Arte poética

Descubrirte...creando. Crearte...desnudándote
Sentir desde la nada, la vida
Y comenzar el camino desde cero, sin cuerpo.
Dar vida a un color,
Colorear una palabra iluminándote la piel.
Sostener el alma, a ser tu caminante
cuando repleto de encrucijadas
vuelva al hueco de luz, la poesía madre.

Que ella te cree. Que ella nazca de tu sed.
Que las huellas de sus dedos, tu escritura y ella,
sean lo mismo, el mismo camino
de ida y de vuelta, como recién nacida.
Que vista de tu piel
que llore con tus lágrimas
que ría con tu risa, como una madre.
Las madres y la poesía
Son únicas y eternas.
Viven por nosotros
Y por ellas, somos
agonistas
de papel carne, de sangre tinta.
Y vivimos
gracias a ellas.

Podemos finalizar este estudio con sus propias palabras, “*algunos sueños se cumplen y a veces nosotros cumplimos con nuestros sueños*”.

Bibliografía

Mones Ruiz M. (2004) *¡Piedra, papel, o poema! Neopoema*

Mones Ruiz M. (2008) *La clave*

Mones Ruiz M. (2009) *Poemas para la miopía y otras visiones La M de mamá*

Mones Ruiz M. (2010) *Ave Poesía Arte poética*

Mones Ruiz M. (2016) *Jarras de sequía Pucheros Acomodar el placard*

Obra de consulta

Buber M. (1923) *Yo y Tú*

Freixas L. (2000) *Literatura y mujeres*

1 Oteriño, R. (2016) *Una conversación infinita*

2 Huidobro V. (1914) *Manifiestos*

3 Oteriño R. (2020) *Continuidad de la poesía*

4 Dufourmantelle A. (2019) *Elogio al riesgo*

5 Rossi O. (2007) *Las palabras que conmueven (Un viaje a los universos de la Poesía)*

6 Izaguirre E. Diarios y memorias de Enrique Anderson Imbert. Prólogo. (2010) *Revista Alba de América Vol. 29 N°55 y 56*

7 Cirlot J. (1992) *Diccionario de símbolos*